

Recientemente he visto un anuncio en la televisión en que se promovía un suplemento vitamínico que refuerza la luteína, que es un nutriente necesario para una buena salud ocular. El anuncio indicaba que el ojo humano tiene la capacidad de ver la luz de una sola vela (suponiendo en un ambiente con oscuridad total) a una distancia de diez millas (dieciséis kilómetros), que es aproximadamente la longitud de 150 campos de fútbol. Esto me causó de reflexionar sobre el poder de la luz. La presencia de la luz, no importa cuán pequeña o tenue, conquista el poder de la oscuridad sobre cualquier cosa.

En el evangelio de hoy, Jesús se encuentra con un hombre "ciego de nacimiento" (Juan 9: 1), sentado al lado de la piscina de Siloé en el patio exterior del Templo en Jerusalén. La vida de este ciego estaba envuelta en una oscuridad total. Juan el evangelista presenta aquí a Jesús utilizando esta ceguera física del hombre como una metáfora a un estado similar de total oscuridad espiritual. No haciendo caso a los argumentos de sus discípulos (y más tarde de los funcionarios del templo) que trataban de vincular la ceguera física del hombre con un pecado personal, o por un castigo por los pecados de sus padres; Jesús procede a hacer una cataplasma hecha con pasta de lodo y se la aplicó a los ojos del hombre. Entonces Jesús envió al hombre a la piscina de Siloé para que se sumergiera a sí mismo en ella, la cual era la misma piscina en que este hombre estuvo sentado por muchos años, para que se lavara la cataplasma de sus ojos. Lo hizo así, y se le terminó completamente la ceguera al hombre. Ahora él puede ver. Pero su visión no sólo es la restauración de la vista física (aunque esto es milagroso), sino también este hombre experimenta una gracia mayor, la gracia del "discernimiento", de la fe, y de poder actuar en base a esta gracia, y de profesar la fe en Jesús como la "Luz del mundo" (Juan 9:5), y de la revelación definitiva de la persona y la obra de Dios en la vida humana y los asuntos humanos.

En el encuentro entre Jesús y el hombre ciego se revela el camino de cada creyente y de la recepción del don de la fe a través del Sacramento del Bautismo.

En el sacramento del bautismo el que se lava en sus aguas entra en unión con Jesús y recibe la luz de la fe. Esto está simbolizado en la entrega a los nuevos bautizados de una vela encendida (o en el caso de los niños, los padres y padrinos). Esta vela es encendida de la vela grande Pascual, la vela de Cristo (iluminada sí misma por el fuego Pascual encendido en la oscuridad total al comienzo de la celebración de la iglesia de la Resurrección de Jesús en la noche de Pascua a través del cual las tinieblas del pecado y de la muerte se vencen de nuevo). Como el ciego de nacimiento en el Evangelio de hoy, todos los que han sido bautizados han sido

liberados de las tinieblas del pecado y de la incredulidad, y están llamados a caminar como un niño de la luz, como San Pablo nos advierte en la segunda Lectura.

Después de su "entrada en la luz", el hombre en el Evangelio de hoy públicamente testimonia de la persona y de la presencia de Jesús en su vida. Se convierte en un misionero, un evangelista. Como este hombre que anteriormente era ciego en el Evangelio, el don de la luz de la fe se nos ha dado a nosotros también, no sólo para nuestra santificación personal. También nosotros estamos llamados a la misión a ser testigos de lo que Dios ha hecho, y sigue haciéndolo en el mundo, por medio de Jesús. Jesús nos manda que no nos escondamos de la luz de la fe, sino que dejemos que brille ante los hombres para que "vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los cielos" (Mateo 5:16).

El Papa Francisco en su Exhortación Apostólica "**La Alegría del Evangelio**" reitera esta exigencia fundamental de nuestro bautismo. En este último año el personal de nuestra parroquia, todos nuestros concilios, comisiones, y comités se ha estado leyendo y discutiendo las maneras en que cada uno de nosotros está llamado a cumplir este mandato. Hemos estado leyendo un libro llamado "**La Formación de Discípulos Intencionales**" por Sherry Weddell. Se lo recomiendo a ustedes que lo lean y reflexionen sobre esto. Al igual que el Papa Francisco, es la contención de Weddell que el futuro de la Iglesia depende de que cada uno de nosotros tome nuestra responsabilidad de ser una luz en el medio del mundo en el cual cada uno de nosotros vive diariamente.

Ser una luz no necesariamente implica tener que brillar con el resplandor de un *banco de luces del estilo klieg* en un estadio, sólo el deseo de compartir cualquiera luz que tengamos con los demás. Recuerden que incluso una pequeña luz tiene el poder para poner un fin a la oscuridad.

Ofrecer para orar por alguien que está enfermo o con problemas; tomarse el tiempo de sentarse y simplemente ser una presencia para escuchar a la otra persona en su angustia o confusión; tomarse el riesgo de introducirse a alguien aquí en la parroquia que no conocemos; dar una simple sonrisa de reconocimiento; compartir cómo su fe ha impactado su vida con otra persona que necesita ánimo o valor—estos son sólo unos ejemplos de cómo podremos dejar que nuestra luz brille a los demás. La organización católica conocida como "*Los Christophers*" tiene como lema : "**Es mejor encender una pequeña vela que maldecir la oscuridad. Si todo el mundo iluminara sólo una pequeña vela ¡cuán brillante sería este mundo!**" ¿Para quién es cada uno de nosotros una "luz que brilla en la oscuridad"?

Padre Jim Secora